
Un Aciago Primero de Mayo
Amanda Mariel

UN ACIAGO PRIMERO DE MAYO



AMANDA MARIEL

Traducido por
DIANA ZAMORA CUESTA

Derechos de autor

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia.

Un aciago Primero de Mayo

Copyright © 20245 Amanda Mariel

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Publicado por Brook Ridge Press

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Epílogo
Extracto
Avant-propos
Capítulo 1

Sobre la autora
Elogios para Amanda Mariel
Agradecimientos

CAPÍTULO 1



Yorkshire, Inglaterra, 1811

Lady Emma Finch añadió un terrón de azúcar a su té. Mientras lo removía, escuchaba a sus amigas más queridas, lady Juliet Gale y, su excelencia, Olivia Breckenridge, charlar sobre los últimos acontecimientos de Londres.

Olivia se había casado con el duque de Thorne el verano pasado y, como consecuencia, había estado fuera de Yorkshire los últimos nueve meses. Las hermanas del duque habían pasado a ser las protegidas de Olivia cuando se casaron y las había traído consigo para que sus amigas pudieran conocer mejor a las chicas.

—Me alegro de tenerte de vuelta —dijo Emma mientras lanzaba una mirada a Olivia y sonreía. Habían sido nueve meses muy largos y le alegraba tener a Olivia de vuelta. Aunque solo fuera por una breve visita.

Olivia la miró y le dijo:

—Es maravilloso estar de vuelta.

Le dedicó una sonrisa antes de volver a centrar su atención en Juliet, que se había lanzado a contar una nueva historia.

Emma y Juliet habían echado tanto de menos a Olivia que, en cuanto supieron de su llegada, prepararon sus carruajes. En poco tiempo, la pareja había llegado a la casa de la familia de Olivia, y Juliet estaba rebosante de noticias. Emma no podía culparla. Levantó su taza de té y se dirigió hacia el grupo.

Olivia, junto con su esposo y sus tres protegidas, iban a quedarse en casa de sus padres durante quince días. No era tiempo suficiente, pero Emma pensaba pasar todo el tiempo que pudiera con ella mientras tuviera la oportunidad. Del mismo modo, estaba deseando conocer mejor a las cuñadas de Olivia.

Poco importaba si Juliet hablaba como una cotorra todo el tiempo. Lo único que le importaba a Emma era que las tres estuvieran juntas de nuevo.

Volvió a sentarse en el sofá junto a Juliet. Luego, sorbiendo de su taza de té, Emma deslizó la mirada hacia las cuñadas de Olivia. Lady Elizabeth, lady Louisa y lady Catherine encajaban bien con Emma y sus amigas. Era un trío encantador y una incorporación bienvenida.

Lady Elizabeth era la más joven con diecisiete años y era una chica amable y alegre. Lady Louisa era la hermana mediana, con diecinueve años. Según Olivia, lady Louisa era testaruda como ella sola. Sin embargo, lo había dicho con regocijo y era obvio que le tenía cariño a la

chica.

La mayor de las hermanas era lady Catherine, de veinte años. Según todos los indicios, la dama era muy inteligente para su edad, con un don para la empatía y la observación. Emma pensó que lady Catherine se parecía mucho a ella.

Como si lady Catherine pudiera leer sus pensamientos, la muchacha dirigió una sonrisa a Emma.

—Ha sido muy amable por su parte y por la de lady Juliet venir a visitarnos tan pronto —dijo Catherine.

—No tiene importancia —respondió Emma.

Catherine volvió a centrar su atención en Juliet, que había parado de hablar durante un momento, el tiempo justo para tomar aliento.

—Dios mío, Olivia, te has perdido tantas cosas. Aún no te he contado ni la mitad. —Dio unas palmaditas en la mano de Olivia—. Pero toda esta charla me ha dejado bastante sedienta.

Olivia se rio y le dijo:

—Ve a por más té. Ya tendrás tiempo de contarme todo lo que ha pasado en mi ausencia.

Juliet se levantó y se alisó las faldas antes de dirigirse a la bandeja del té.

Emma aprovechó la oportunidad y dirigió su atención a Olivia.

—Mi madre me ha informado esta mañana de que pasaremos la temporada en Londres.

—Es maravilloso —dijo Olivia. Dirigió la mirada hacia sus protegidas y luego de nuevo a Emma—. Te enseñaremos todos los lugares de interés y te haremos compañía en las muchas, muchas fiestas a las que asistirás.

Lady Elizabeth frunció el ceño.

—Eso significa —dijo mirando a sus hermanas, y luego a Olivia— que ellas son las que irán. Yo aún no tengo edad para presentarme en sociedad —dijo la muchacha, con el ceño fruncido.

—No te preocupes, cariño. —Olivia alargó la mano para acariciar la de la joven—. Pronto te tocará a ti.

—Sinceramente, no entiendo tu prisa. —Lady Catherine bajó su taza de té y clavó la mirada en su hermana—. Son una panda de pomposos que se creen por encima de los demás, desfilando como pavos reales con sus sedas y joyas. Preferiría quedarme en casa.

—Tonterías, Cat —dijo lady Louisa sacudiendo la cabeza, haciendo que sus rizos castaños se agitaran alrededor de su cara—. Y, de todas formas, ¿cómo puedes saberlo? Tú tampoco has sido presentada en sociedad.

—No tengo necesidad de hacerlo. La monstruosidad de mi vestido de gala me dice todo lo que necesito saber.

Lady Catherine hizo un gesto desdeñoso con la mano.

Juliet sonrió, y se reflejó en sus ojos azules.

—Supongo que cambiarás de opinión. Hay algo muy especial en la presentación de una chica en sociedad. Estoy segura de que lo disfrutarás mucho.

—Espero que así sea, y haré todo lo posible por reservarme mi opinión hasta que haya vivido esa experiencia —dijo lady Catherine, aunque su mirada azul no contenía ningún rastro de sinceridad.

—Ya —exclamó lady Louisa—. Solo finges que no te importa.

—Piensa lo que quieras —dijo lady Catherine mientras miraba a su hermana menor.

Louisa frunció el ceño mientras Olivia cambiaba de tema con pericia.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Olivia, dejando su taza de té a un lado.

Juliet dio una palmada, irradiando entusiasmo.

—Vayamos a la fiesta del Primero de Mayo en el pueblo.

—Oh, no.

Emma negó con la cabeza.

Lady Louisa se inclinó hacia delante, con expresión intrigada.

—Me encantaría ir.

—A mí también —Lady Elizabeth sonrió, sus ojos azules rebosando de emoción—. Seguro que no soy demasiado joven para una fiesta de pueblo.

—En absoluto, Lizzy, pero eres de clase demasiado alta —dijo lady Catherine, frustrando las esperanzas de sus hermanas menores.

—Tonterías. —Juliet agitó una mano desdeñosa, ampliando su sonrisa—. Podemos ir si queremos. Los hombres de clase alta lo hacen todo el tiempo.

—Por favor, Olivia… —Las damas Elizabeth y Louisa dirigieron ojos suplicantes a su mentora.

Juliet se acercó a Olivia, sus ojos brillando con picardía.

—Reconoce que suena divertido.

—Suena como un desastre a punto de ocurrir.

Catherine exhaló un largo suspiro.

Emma no podía estar más de acuerdo con la evaluación de lady Catherine. El Primero de Mayo era para los aldeanos. Los granjeros y las lecheras lo celebraban mientras la gente del pueblo bebía y se divertía. Las damas decentes, desde luego, no asistían.

Posó su taza de té sobre la mesa de caoba con un golpe audible y dijo:

—Destacaríamos entre la multitud. La gente del pueblo nos reconocería enseguida y no estaría muy contenta de que hubiéramos ido. Nuestra reputación se vería empañada, o arruinada. —Emma respiró hondo, se encontró con la inteligente mirada azul de lady Catherine y sonrió—. Lady Catherine tiene razón. Solo podría acabar en desastre.

Juliet se mordió el interior de la mejilla, su mirada se volvió especulativa mientras lady Louisa y lady Elizabeth se recostaban contra el sofá en el que ambas estaban sentadas.

Emma soltó un suspiro tranquilizador, tratando de disipar la sensación de fatalidad inminente que se apoderaba de sus entrañas. Conocía bien a su amiga. Juliet estaba tramando algo. Y esas maquinaciones casi nunca acababan bien.

Más le valía a Emma que se le ocurriera otra idea antes de que Juliet las arrastrara a todas a un plan descabellado. Miró por la ventana y luego volvió a centrar su atención en el grupo.

—¿Qué tal unos bolos sobre hierba? —preguntó Emma—. Hace un día precioso para jugar.

Olivia se acercó a la ventana y se asomó.

—Puedo hacer que el lacayo lo prepare enseguida.

—¡Ya lo tengo! —dijo Juliet levantándose de un salto, y el corazón de Emma se hundió—. Podemos vestirnos como los aldeanos. La gente ve lo que espera ver. Si nos vestimos como ellos, pasaremos desapercibidas.

—Es perfecto. —Lady Louisa juntó las manos como si estuviera rezando y dirigió unos esperanzados ojos verdes a Olivia—. ¿No está de acuerdo?

Olivia se volvió hacia el grupo, con el ceño fruncido.

—Es una buena idea. —Se golpeó la mejilla con el dedo—. Podría funcionar.

—Claro que funcionará. —Juliet esbozó una sonrisa triunfal—. Y si…

—¿Qué funcionará?

Una voz masculina sonó desde la puerta del salón, llamando la atención de todas.

Las damas se giraron de inmediato para encontrar al marido de Olivia, William, el duque de

Thorne, apoyado en el marco de madera de la puerta, con una ceja castaña clara arqueada en señal de interrogación.

Lady Louisa se acercó a su hermano y enlazó su brazo con el de él.

—Vamos a la fiesta del Primero de Mayo en el pueblo.

—¿Ah, sí? —preguntó él, levantando aún más la ceja.

Lady Louisa se sonrojó mientras dirigía su atención hacia las otras damas.

—Bueno, es decir… Nos gustaría asistir.

Emma ocultó su sonrisa con la mano. Debería avergonzarse de sentirse feliz cuando las esperanzas de su amiga estaban a punto de verse truncadas. Sin embargo, no podía lamentarlo. Ellas no pertenecían al festival, y aunque se disfrazaran, no habría ninguna diferencia.

Emma intercambió una mirada cómplice con lady Catherine. Seguramente el duque pondría fin a aquella tontería. Entonces podrían olvidarse del festival y encontrar algo más apropiado en lo que ocupar su tiempo.

Preferiblemente algo que los mantuviera a todos alejados de los problemas y preservara sus reputaciones. Mientras el duque hablaba, Emma volvió a mirar a lady Catherine, que estaba tranquilamente sentada ocultando su propia sonrisa tras su taza de té.

Al parecer las dos tenían mucho en común.

—Estoy seguro de que sí. —El duque dio unas palmaditas en la mano de lady Louisa y luego miró a Olivia—. ¿Cuál es tu opinión al respecto, duquesa?

—Aún lo estoy pensando. —Olivia se tomó un momento para mirar a cada una de las damas antes de acercarse a su marido—. Lady Juliet tuvo una idea, una bastante buena, creo.

Emma palideció cuando la sonrisa de lady Catherine se esfumó como ceniza en el viento. ¿Cómo podía el duque considerar semejante estupidez siquiera por un segundo? Emma le miró con ojos incrédulos.

Juliet sonrió mientras se ponía en pie.

—Sugerí que nos vistiéramos como los aldeanos para pasar desapercibidos.

—Una buena idea, desde luego —dijo el duque.

A Emma se le aceleró el pulso. ¿Cómo era posible que aquel hombre estuviera de acuerdo con ese plan? No podía permitirlo. Emma se aclaró la garganta para llamar la atención de todos los presentes.

—¿Y si los aldeanos nos descubren? —preguntó, esperando ser la voz de la razón.

—No lo harán —dijo lady Elizabeth, como si ya estuvieran decididas a llevar a cabo el plan.

—Podrían descubrirte —añadió lady Catherine.

Lady Louisa puso las manos en las caderas y fulminó a su hermana con la mirada.

—Aquí nadie nos conoce, Cat. Solo intentas arruinar la diversión de todos.

—Ya basta —reprendió suavemente el duque a lady Louisa mientras tiraba de ella para acercarla—. No hay razón para enfadarse con Cat. Solo piensa en tu bien.

Lady Louisa miró fijamente a su hermano y dijo:

—Pero seguro que te das cuenta de que está equivocada. No pasará nada por divertimos un rato.

—Por supuesto que no —dijo Juliet, y luego giró, haciendo volar sus faldas—. El Primero de Mayo es un momento de celebración. A nadie le importará ver a través de nuestros disfraces mientras no hagamos nada que les obligue a ello.

—Lady Juliet tiene razón, y por eso lo permitiré con dos condiciones —dijo el duque, mirando primero a lady Louisa y luego al resto.

—¿Cuáles?

Lady Louisa le instó a continuar.

El duque levantó un dedo.

—Primero, os acompañaré.

—Sí, y…

Lady Louisa asintió con la cabeza, irradiando emoción.

—El suspense me está matando —dijo lady Catherine—. Por favor, continúa.

Lady Elizabeth hincó el codo en el costado de lady Catherine.

—Calla.

Su excelencia dirigió a sus hermanas una mirada severa.

—Segundo —dijo levantando otro dedo—, ninguna de vosotras se alejará de mi línea de visión.

Lady Louisa asintió con la cabeza, una sonrisa brillante iluminando sus ojos verdes.

—No me atrevería.

Lady Elizabeth, Olivia y Juliet pronto siguieron su ejemplo, jurando seguir sus reglas.

—¿Catherine?

El duque se volvió hacia su hermana más reservada.

Ella suspiró.

—Si debo ir, te aseguro que no causaré problemas.

—Bien. —Asintió con firmeza—. Estad listas en una hora.

Olivia se giró hacia la sala y dijo:

—Poneos vuestro vestido más discreto y llevad el pelo trenzado o recogido en la nuca. No necesitáis adornos ni rizos. Emma y Juliet, venid conmigo. Podéis tomar prestador mis vestidos y mi doncella os arreglará el pelo.

Juliet agarró la mano de Emma y tiró.

—Ven conmigo. No tenemos tiempo que perder.

Emma apretó los labios mientras Juliet la arrastraba fuera del salón. Todo en ella le decía que se negara y se quedara en casa. Se le oprimió el corazón.

No quería ser la única que se quedara atrás. Tampoco quería decepcionar a sus amigas y perder un tiempo precioso con Olivia por hacerlo.

Así que Emma decidió acompañarlas. Mientras Juliet la conducía fuera del salón, Emma rezó una plegaria silenciosa para no llegar a arrepentirse de su decisión.

CAPÍTULO 2

Archer Wakefield, vizconde de Linley, se alisó la chaqueta mal confeccionada al doblar la esquina que conducía a la plaza del pueblo. La euforia le hacía andar con paso alegre, y esbozó una sonrisa traviesa. Había algo en los subterfugios y en el Primero de Mayo que le alegraba el alma.

Lord Hiltoncroft le dio un codazo cuando vio a la gente del pueblo.

—Gana el primero que bese a una doncella —dijo acelerando el paso.

—Eso no es una apuesta. Ninguna de las hermosas doncellas besaría de buena gana tu feo careto —dijo Archer, y luego sonrió juguetonamente.

Hiltoncroft soltó una risita.

—Ya lo veremos.

Archer le lanzó una mirada desafiante, y luego dijo:

—Me juego tres chelines a que no conseguirás que la chica que yo elija te bese.

Hiltoncroft soltó una risita mientras volvía la mirada hacia Archer.

—Y yo elegiré a tu doncella. Quien consiga que le besen primero, gana —dijo Hiltoncroft, y le tendió la mano para estrechársela antes de añadir—: ¿Apostamos?

Archer cogió la mano de Hiltoncroft y la estrechó con firmeza.

—Claro, apostamos. —Echó un vistazo a la plaza del pueblo, recorriendo con la mirada a los juerguistas, el palo de mayo y las guirnaldas que decoraban el pueblo—. Tomemos una jarra de cerveza mientras observamos a las chicas. No quisiera precipitarme en mi decisión.

—Eso nunca, viejo amigo —dijo Hiltoncroft mientras daba una palmada en la parte trasera del hombro de Archer—. No me atrevería a ponértelo fácil —añadió con un guiño.

Archer rio entre dientes mientras se dirigían a una cervecería y se procuraban sus jarras. Mientras sorbía el amargo brebaje, miró a la multitud de plebeyos. Y no era la primera vez que se preguntaba cómo sería ser uno de ellos.

Por desgracia, eso era lo más cerca que estaría de serlo.

Vestirse informal y asistir al festival del Primero de Mayo había sido un pasatiempo de Archer y Hiltoncroft desde que dejaron de usar pantalones cortos. Era algo que Archer esperaba con ansias todos los años, y tenía la sensación de que el festival de ese año sería el mejor de todos.

Mientras sorbía su cerveza y observaba a la multitud junto al palo de mayo, dio unos golpecitos con el pie al ritmo de la música alegre que sonaba cerca. Doncellas y niños con coronas de flores y cintas en el pelo bailaban alegremente mientras los hombres permanecían a

su lado.

Un grupo a la izquierda que contemplaba a los que bailaban le llamó la atención y dejó de dar golpecitos con el pie mientras los observaba. Un hombre y cinco mujeres. Sonrió con satisfacción al contemplar a cada una de ellas.

Su mirada volvió a posarse en la belleza de cabello castaño que estaba junto al hombre. Sería un buen desafío para el beso de Hiltoncroft. Por lo menos, el hombre que estaba a su lado sería un elemento disuasorio perfecto.

Archer dio un largo trago a la cerveza antes de bajar la jarra y volverse hacia Hiltoncroft.

—Esa de ahí —dijo mientras hacía un gesto con la cabeza en dirección a la mujer—. La mujer de pelo oscuro que está justo al lado del hombre.

Hiltoncroft siguió la mirada de Archer, el sorbo de cerveza que acababa de tomar salió disparado de su boca al encontrar a su objetivo.

—¡Estás loco! Está claro que está con ese hombre —protestó.

—¿Desde cuándo otro hombre ha menoscabado tus ambiciones? —preguntó Archer, lanzándole una mirada de desafío, uno al que su amigo no pudo resistirse.

Hiltoncroft entornó la mirada hacia Archer.

—Muy bien. —Sacudió la cabeza y luego miró a la multitud. Su frente se arrugó mientras estudiaba a las doncellas que había alrededor—. Esa —señaló él—, la chica de pelo negro que está sola.

La mirada de Archer se dirigió a la mujer. Era bastante guapa, pero la forma en que tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la apretada línea de su boca le hacían parecer inaccesible. Una antipática, sin duda.

Archer miró a Hiltoncroft.

—Ella parece bastante frígida. No puedes estar hablando en serio. Apostaría a que nunca la han besado.

Hiltoncroft soltó una risita.

—Al menos no tiene un protector como la mía.

—Su apariencia fría cumple con esa función —dijo Archer, con un tono poco divertido.

—Entonces estamos bien emparejados.

La sonrisa de Hiltoncroft se ensanchó mientras se llevaba la jarra de cerveza a los labios.

—Eso parece —murmuró Archer—. Que gane el mejor.

Marchó hacia el carámbano de cabello oscuro, decidido a ganar la apuesta. Se acercaría a ella, le robaría un beso y luego regresaría para regodearse y cobrarle sus chelines a Hiltoncroft.

Eso le daría una lección al imbécil pretencioso, porque no había forma de que Hiltoncroft pudiera conseguir un beso tan rápido. No sin antes recibir una paliza del protector de la mujer, en todo caso.

Y Archer apostaría su fortuna a que Hiltoncroft nunca aceptaría una paliza. Le tenía demasiado cariño a su cara, así como a su habilidad para caminar.

Por esa misma razón Archer había seleccionado a esa mujer en particular. Para que la misión fuera lo más difícil posible para su amigo.

A mitad de camino hacia la mujer de hielo, Archer miró por encima del hombro para lanzar una sonrisa a Hiltoncroft, pero su amigo ya no estaba junto a la cervecería. Archer dejó vagar su mirada hacia la mujer que había elegido y encontró a Hiltoncroft avanzando hacia su grupo.

Tal vez, después de todo, pretendía presentar batalla.

No importaba, Archer se aseguraría el primer beso.

Aceleró el paso y volvió a centrar su atención en la mujer que Hiltoncroft había elegido para

él. Después de unas cuantas zancadas más, ella notó que él se acercaba y entornó los ojos. Tenían un tono muy inusual: un violeta cautivador.

Archer esbozó una sonrisa y se tomó un momento para observarla mejor. Era de estatura media y tenía el cabello más negro que jamás había visto. La base de su cuello era de color marfil y llegaba hasta los hombros esbeltos. Unos pechos turgentes se apretaban contra el corpiño de su vestido lila, y su cintura era estrecha y terminaba en unas generosas caderas.

Le resultaba familiar, pero sabía que no podía conocerla.

Al acercarse, su cuerpo reaccionó como el de cualquier hombre con sangre en las venas y deseó que fuera más receptiva.

Si lo fuera, se la llevaría a un lugar privado y se ensañaría con su exquisito cuerpo. Así pues, se acercó a grandes zancadas y la estrechó entre sus brazos con el mismo fervor.

Antes de que la mujer pudiera protestar, apretó sus labios contra los de ella.

Era suave y rolliza, y él deseaba desesperadamente saborearla. Mientras la sujetaba por la cintura, atrayéndola hacia sí, la instó a separar los labios.

~

A Emma se le cortó la respiración cuando el desconocido apretó los labios contra los suyos. Se había acercado rápidamente y la había estrechado entre sus brazos como si lo hubiera hecho un millón de veces antes. Seguramente la había confundido con otra.

Metió las manos entre los dos y se las apretó contra el pecho. El hombre se tambaleó hacia atrás y una sonrisa se dibujó en su atractivo rostro. Sus ojos grises brillaban con diversión. ¿O era otra cosa?

¿Qué demonios le pasaba?

Su ira estalló. Emma le miró, con las manos en las caderas, y exclamó:

—¡Cómo te atreves!

—Venga. Solo ha sido un beso —dijo Archer.

—¿Solo un beso? —Emma se dirigió hacia él, furiosa—. ¿Y besas a todas las mujeres que ves?

—Solo a las guapas —dijo él, y luego esbozó una sonrisa encantadora—. No me gustaría pensar que mi beso te parece insuficiente. ¿Por qué no te acercas para que pueda darte uno en condiciones?

—Si das un paso más, llamaré a gritos al duque —desafió Emma.

Todo rastro de alegría huyó del desconocido, su mirada se volvió recelosa mientras la observaba.

—¿El duque? —preguntó él, con una ceja castaña arqueada en señal de interrogación.

—Pues sí. Estoy bajo la protección del duque de Thorne.

La mujer alzó la barbilla.

Las cejas del hombre se fruncieron mientras estudiaba a Emma más de cerca.

—Entonces, ¿no eres una aldeana?

Extendió la mano como si quisiera tocarle la mejilla.

Emma apartó la cabeza de su mano y dijo:

—Claro que lo soy.

El hombre negó con la cabeza.

—No, no creo que lo seas.

A Emma se le aceleró el pulso. Si el hombre se daba cuenta de su treta, les habría arruinado

el día a sus amigas. Tenía que alejarse de él, y rápido.

Con el corazón latiendo acelerado, Emma se volvió hacia el lugar donde sus amigas habían estado bailando alrededor de palo de mayo y dio un paso.

—Eres la hija de lord Heywood.

Emma se quedó inmóvil. Quería negar la acusación. Decirle al desconocido que se había equivocado con ella. Pero él sabía la verdad. ¿Qué iba a hacer ahora?

—Debería haberte reconocido enseguida. Nos presentaron la temporada pasada. Desde entonces te he visto por todo Londres, aunque no hemos vuelto a hablar. —Dio un paso hacia ella, con sus ojos azul grisáceo penetrantes e intensos—. Por estar apartada en los bailes y esas cosas. Aun así, te reconocería en cualquier parte, lady Emma Finch —dijo.

Emma se estremeció. No iba a salir de esa mintiendo. Pero tampoco tenía por qué dejar que aquel extraño arruinara el día a sus amigos. Al igual que ella, él tampoco pertenecía a ese lugar.

—Parece que estoy en desventaja, señor. —Emma sonrió con simpatía—. Sabes quién soy, pero yo no sé quién eres tú.

—Entonces parece que mi disfraz ha funcionado bien. —Le cogió la mano y se inclinó sobre ella—. Lord Linley, a tu servicio, y perdóname por mi comportamiento anterior.

—Con una condición. —Ella se mordió el labio inferior y sus ojos se encontraron con los de él—. Promete no decirle a nadie que he estado aquí.

Emma contuvo la respiración mientras esperaba su respuesta.

Por dentro, maldijo a sus amigos por haberla metido en aquella farsa. ¿No les había advertido que esa mascarada sería un desastre? ¿No les había dicho que les descubrirían?

—Tienes mi palabra. —Lord Linley asintió, luego ofreció su brazo—. Permíteme que te acompañe hasta tu grupo.

Emma negó con la cabeza.

—No hace falta. —Miró hacia el palo de mayo—. Están justo ahí…

Su corazón dio un vuelco y sus palabras se interrumpieron.

Habían desaparecido.

Lord Linley la observó, su mirada reflejaba preocupación.

—¿Pasa algo?

—Estaban junto al palo de mayo. Se habrán ido mientras me distraías. —Ella suspiró, sus hombros subiendo y bajando con el esfuerzo—. ¿Qué voy a hacer? —preguntó ella más a sí misma que a él.

—No te preocupes. Te ayudaré a encontrarlos.

Le agarró el codo, pero Emma se apartó.

Una nueva oleada de ira se apoderó de ella.

—Ya has hecho bastante —dijo ella, con la frustración creciendo con cada palabra. Cuando terminó la frase, Emma sintió que se le humedecían los ojos.

—No puedo permitir que deambules sola por el pueblo. —Lord Linley se acercó—. Deja que te ayude a encontrar a tus amigos, luego prometo dejarte que te diviertas. —Volvió a ofrecerle el brazo y añadió—: Tienes mi palabra de caballero.

Ella suspiró, con muchas ganas de rechazar su oferta y muy enfadada con él. Pero, ¿qué otra opción tenía? Él tenía razón. No podía andar por el pueblo sin compañía ni protección.

Emma escudriñó de nuevo la plaza del pueblo, rezando por ver a sus amigos. Con tanta gente reunida y tanto alboroto y jolgorio, podían estar en cualquier parte. El sentido común le decía que sola no estaría a salvo.

Sin embargo, su intuición le decía que lord Linley también representaba un peligro. Aunque

de otro tipo. Se le revolvió el estómago al pensarlo.

Emma no quería admitir que había reaccionado a su beso. Su sangre ardió cuando un calor se extendió por su cuerpo, y había sentido un cosquilleo inusual en su estómago. En realidad, no le importaría volver a besarle.

Le dolió aún más reconocer que era un hombre apuesto. En otras circunstancias, probablemente lo encontraría bastante apuesto. Era un milagro que no recordara que se habían conocido anteriormente.

Aun así, él era su única opción de protección entre la masa de aldeanos que celebraban la fiesta. Y, después de todo, pertenecía a la nobleza. Sin duda, ahora que conocía su verdadera identidad, se comportaría como un caballero.

—Muy bien —dijo clavando en él su mirada—, pero antes prométeme que te portarás lo mejor posible.

—Prometo que me esforzaré al máximo.

Linley esbozó una sonrisa traviesa.

Emma sintió una emoción inoportuna y sacudió la cabeza en señal de desaprobación. Aquel hombre era imposible. Sin embargo, lo encontraba encantador.

Que el cielo la ayudara.

CAPÍTULO 3



Archer se quedó perplejo al no haber reconocido a lady Emma de inmediato. La dama lo había cautivado cuando los presentaron por primera vez. Sus ojos inusuales le habían parecido fascinantes. La forma inclinada hacia arriba como los ojos de un gato y el color violeta no se parecían a nada que hubiera visto antes. Le habían atraído tanto entonces como hoy.

¿Cómo no la había reconocido enseguida?

Además, la dama le había prestado muy poca atención entonces. Le hizo una reverencia, como era de esperar, intercambió unas palabras de cortesía y se marchó para reunirse con sus amigas en el extremo del salón de baile. Desde entonces, su mirada la buscaba en todas las fiestas a las que asistía.

Era como si estuvieran predestinados a estar juntos. Como si ella le perteneciera. Y ese beso… ¡Al diablo con él! Quería darle cientos, no, millones de besos más. ¿Por qué no había intentado seguir conociéndola?

La respuesta era fácil. No había intentado cortejarla porque ella era muy desagradable.

En realidad, en varias ocasiones, demasiadas para contarlas, Archer pensó en acercarse a ella, pero siempre parecía tan poco simpática. Su expresión era, con demasiada frecuencia, o demasiado seria, o fruncía el ceño y miraba fijamente a alguien.

Se podría decir que la mujer nunca se relajaba. Sin duda era la razón por la que los caballeros no la sacaban a bailar. Desde luego, no era su belleza lo que les disuadía. Dios, era impresionante y única, con ese pelo negro y esos ojos cautivadores.

Le hizo preguntarse cómo había llegado hasta allí, vestida como una cualquiera en el festival del Primero de Mayo. Nunca la habría considerado del tipo que se arriesga y rompe las reglas.

Su curiosidad aumentó a medida que deslizaba su mirada hacia ella y le preguntó:

—¿Por qué estás aquí?

—Mis amigos me convencieron —dijo ella, con voz apagada.

—Entonces, ¿por qué no estabas disfrutando del festival con ellos en lugar de observarlo desde lejos?

Lady Emma soltó un suspiro de frustración. Lo último que le apetecía era discutir con el granuja. Aun así, apostaría a que no la dejaría en paz si no contestaba. Frunció los labios mientras pensaba cuánto desvelarle, y luego dijo:

—Querían bailar alrededor del mayo, y a mí no me apetecía nada hacerlo. No estaba tan lejos de ellos.

—Lo suficiente como para perderlos —dijo él.

Sus ojos violetas brillaron de indignación.

—No los perdí. Me distrajiste y, sin duda, me ocultaste de su vista. Apostaría a que me están buscando en este mismo momento.

Archer asintió, y luego le agarró la mano.

—Será más fácil encontrarte si estás en medio de la gente.

Intentó guiarla hacia la multitud.

Ella clavó los talones en el suelo, con los ojos en blanco.

—No puedo.

—Sí puedes. —Archer le dio un tirón alentador, poniéndola de nuevo en movimiento—. Vamos. Puede que incluso te lo pases bien.

Nunca había conocido a otra persona más necesitada de pasarlo bien, y estaba decidido a que ella lo disfrutara. Aunque no lograra nada más ese día, conseguiría hacer reír y sonreír a lady Emma.

El desfile encabezado por *Jack in the Green* atravesó la plaza y, cuando rodearon palo de mayo, Archer condujo a lady Emma hacia la comitiva. Ella no tuvo tiempo de discutir antes de que fueran arrastrados por la marea.

—Disfruta del momento —le dijo.

Ella le dirigió una mirada severa, con los ojos entornados y los labios fruncidos.

—Me siento estúpida —dijo ella.

—Entonces lo estás haciendo bien —dijo él. Su protesta solo hizo que él estuviera más decidido a hacerla sonreír. Archer le soltó la mano y bailó una giga, levantando las rodillas y sonriendo como un colegial travieso.

La comisura de la boca de ella se crispó, pero no sonrió.

La cogió y la sacó de la procesión antes de colocarse a su lado.

—¿Cómo puedes permanecer impasible mientras desfilas con *Jack in the Green?* —le preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Es un don, supongo.

Él negó con la cabeza.

—Más bien una maldición, diría yo.

Entonces sucedió. Lady Emma sonrió, sus mejillas se redondearon y sus ojos brillaron de alegría.

Archer lo comparó con el sol asomándose tras las nubes oscuras para iluminar el cielo.

—Deberías hacer eso más a menudo —dijo.

—¿Hacer qué? —preguntó ella, la radiante sonrisa desapareció cuando inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado.

—Sonreír. —Archer se inclinó más hacia ella—. Estás impresionante cuando sonríes.

~

Las mejillas de Emma se ruborizaron ante el cumplido. Ningún hombre la había llamado nunca impresionante. Ni ningún hombre la había mirado nunca de la forma en que lord Linley lo hacía en ese momento. La miraba como si fuera algo especial, algo raro y digno de atención.

Sintió un cosquilleo en el estómago y se puso una mano sobre él, intentando no parecer tonta. Era imposible que estuviera interesado en ella. Seguramente sus palabras solo pretendían

levantarle el ánimo. O tal vez las había dicho para redimirse de sus actos anteriores.

Cerró los ojos y respiró hondo.

En cualquier caso, no tenía tiempo para bromas y coqueteos. Emma tenía que encontrar a sus amigos. Recorrió con la mirada a la marea de gente, buscando cualquier señal de ellos.

Entrecerró los ojos por el sol, por lo que Emma se tuvo que llevar la mano al borde de la corona de flores que descansaba sobre su cabeza. En ese mismo momento daría cualquier cosa por tener un sombrero para protegerse del sol.

Frustrada, dejo caer la mano y se volvió hacia lord Linley.

—¿Conoces al duque?

Lord Linley asintió.

—Aunque sería muy útil saber quién más le acompaña. —La dirigió una mirada sincera—. Juro no decir nunca una palabra de ello. Puedes confiar en mí.

No quería añadir los nombres de sus amigas al montón de lores y damas maleducados que habían eludido las buenas costumbres para asistir al festival. No obstante, hacerlo facilitaría que lord Linley la ayudara y, de todos modos, lo más probable era que los reconociera en cuanto los viera. Emma volvió a prestar atención a los bulliciosos aldeanos, y luego dijo:

—La duquesa, lady Juliet Gale, y las tres hermanas del duque son las que le acompañan.

Emma juraría haber visto cómo un atisbo de desaprobación cruzaba los ojos de lord Linley.

—No juzgues —le advirtió, aunque reconoció que tenía razón al hacerlo.

La propia Emma había insistido en que no debían ir allí. Aun así, todo podría haber salido bien si el vizconde no la hubiera besado.

Lord Linley se limitó a negar con la cabeza mientras la cogía de la mano y la guiaba por el prado del pueblo.

—Quizá estén viendo a los bailarines Morris —sugirió él.

Ella ignoró la sensación de hormigueo que le provocaba su contacto y el calor que pasaba entre sus manos entrelazadas mientras caminaba a su lado.

—O buscándome en algún lugar —dijo Emma.

—Estoy seguro de que sí. —Él le dedicó una cálida sonrisa—. No te preocupes. No pueden haber ido muy lejos.

—Supongo que no —convino ella, buscando sin cesar con la mirada mientras se abrían paso entre grupos de hombres y mujeres. A su alrededor, la gente bailaba, bebía y cantaba. Los niños entraban y salían de todos los rincones por los que pasaban. Dondequiera que miraba, Emma encontraba guirnaldas, cintas y flores.

El corazón le dio un vuelco y, por primera vez en su vida, quiso formar parte de la celebración. Lady Emma Finch, la chica a la que nunca sacaban a bailar, quería reír, cantar y bailotear con el resto de la multitud. Quería disfrutar de su tiempo con lord Linley.

Emma sentía la fuerte necesidad de soltarse. Abrazar la aventura y divertirse tanto como pudiera.

Más que nada, Emma deseaba disfrutar de su tiempo con lord Linley. Se sorprendió al darse cuenta, pero eso no impidió su deseo de hacerlo. Le miró con una pequeña sonrisa en los labios.

Cuando se acercaron a un grupo de músicos, Emma soltó la mano de lord Linley. Le sonrió y se puso a bailar, moviendo los pies al compás de la música. Un segundo después, él se unió a ella.

Emma se permitió disfrutar de cada segundo mientras lord Linley dirigía el baile, girando y guiándola al ritmo de la música. Su pulso se aceleró a medida que la euforia la invadía.

Cuando terminó, la hizo girar una última vez y la estrechó contra su pecho firme.

—¿Así que eres capaz de disfrutar? —preguntó él, clavado su mirada en la de Emma.

Ella no pudo contenerse. Emma echó la cabeza hacia atrás y rio con desenfreno. Nunca se había sentido tan libre. Tan salvaje.

Los músicos tocaron una nueva melodía, y el corazón de Emma se llenó de alegría cuando lord Linley la hizo girar una vez más. Saboreó la sensación de las manos de él entre las suyas. Atesoró los momentos en que sus manos estaban sobre los hombros de lord Linley y las de él en su cintura.

Cada caricia, cada risa, cada sensación desconocida la estimulaba aún más. Inhaló su aroma a sándalo y se apretó más contra él. Mucho después de que terminara el baile, guardaría esos recuerdos en su corazón.

Aunque Emma se resistía a seguir adelante, la música dejó de sonar y tenía que encontrar a sus amigos. Alejó a lord Linley de los bailarines.

—Debemos continuar nuestro camino —le instó.

Él asintió, las hebras doradas de su cabello castaño claro reflejaban el sol.

—Tal vez podamos divertirnos un poco cuando lleguemos a los bailarines Morris.

—Me gustaría mucho —dijo Emma. Y aunque sabía que necesitaba encontrar a sus amigos, una parte de ella rezaba para no hacerlo.

Al menos, no tan pronto. Tendría que encontrarles antes del anochecer, pero antes, le encantaría que lord Linley le acompañara durante otra hora, por lo menos.

¡Que el cielo la ayudara!

CAPÍTULO 4



—¡Cerveza! Compren su cerveza fresca aquí.

Un hombre corpulento llamó a la multitud.

Otro vendedor de baratijas de mujer gritó:

—¡Cintas de seda para su señora!

Todos los vendedores con los que se cruzaron tenían una mesa llena de mercancías y hacían todo lo posible por captar clientes entre la gente que celebraba a su alrededor. Vendían de todo, desde comida y bebida hasta cintas y flores. El estómago de Archer gruñó ante los aromas dulces y salados que colmaban el aire.

Cogió con firmeza la mano de Emma mientras la guiaba a través de la hilera de vendedores de sus mercancías y golosinas. Teniendo en cuenta lo tarde que era, sospechaba que Emma podría necesitar sustento, y Archer estaba hambriento. Aminoró el paso y se volvió hacia ella.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, mirándola a los ojos.

Emma negó con la cabeza.

—No —dijo ella, pero, a continuación, dirigió una mirada de deseo una mesa repleta de tartas.

La mujer canosa que estaba detrás de la mesa sonrió amistosamente y dijo:

—Tengo los mejores pasteles de la ciudad. Venga, pruebe uno. Le prometo que no se arrepentirá.

—Dice que son los mejores que hay. —Archer dio un ligero tirón de la mano de Emma—. ¿Estás segura de que no te gustaría probar uno? Te compraré el que quieras. Dos o tres, si te apetece. —Emma rio con los labios apretados—. Vamos —la instó a acercarse a la mesa.

Emma se mantuvo firme.

—No es necesario, de verdad. No lo necesito.

Archer nunca entendería por qué las mujeres fingían no tener hambre. Le parecía uno de los trucos más crueles de la sociedad: enseñar a las mujeres a comer como pájaros. ¿Y con qué fin? No tenía ningún sentido.

Estudió el rostro ovalado de Emma, desde el anhelo de su mirada hasta sus labios ligeramente entreabiertos, mientras decía:

—Se está haciendo tarde. Apostaría a que la mayoría de la gente con estómago está buscando algo de comer. Quizá deberíamos quedarnos aquí un rato para ver si tu grupo viene en busca de alimento.

Ella volvió a centrar su atención en él, con una leve sonrisa en la comisura de los labios.

—Qué buena idea.

Se acercó con ella a las tartas y le dijo:

—Si vamos a quedarnos, también podemos disfrutar de algo. —Cogió un pastel de cerezas y preguntó—: ¿Cuál prefieres?

—No puedo —dijo Emma mientras su estómago gruñía.

—Tu estómago no miente. —Archer sonrió victorioso—. Si no eliges, entonces yo elegiré uno por ti, y te juro que será el menos rico de todos.

—No deberías decir esas cosas. No es apropiado. Pero ya que te has dado cuenta… —Emma suspiró y se acercó a la mesa para estudiar las ofertas. Hecha su elección, se volvió hacia él—. ¿Puedo tomar uno de manzana?

—Si te apetece. —Extendió la mano y levantó el dulce de su sitio, luego se lo entregó. Después de pagar a la mujer que estaba detrás de la mesa, condujo a Emma a una zona elevada bajo un abedul. Le dio su pastel y le dijo—: Sujeta esto.

Ella arqueó una ceja, recelosa, pero cogió el dulce sin rechistar.

Archer se desabrochó la chaqueta y, encogiéndose de hombros, dijo:

—Si vamos a quedarnos aquí un rato, será mejor que estemos cómodos. —Se sacudió la chaqueta y luego la extendió en el suelo, bajo la sombra del árbol. Una vez completada su tarea, Archer volvió a coger su pastel y le señaló la chaqueta—. Siéntate, milady.

Durante unos instantes, ella se le quedó mirando. Una mirada de incertidumbre recorrió sus ojos violetas, seguida de algo ilegible. El pulso de Archer se aceleró cuando pensó que ella rechazaría su oferta, y entonces ella se agachó para sentarse sobre su chaqueta.

Archer esbozó una sonrisa triunfal mientras se sentaba a su lado.

—¿Estás cómoda?

—Sí. Gracias —dijo ella, y luego miró a la multitud que recorría las mesas de los vendedores —. Espero que los encontremos.

Él la miró fijamente mientras pensaba qué decir, algo que le ayudara a tranquilizarse. Al final, lo mejor que se le ocurrió fue:

—Los encontraremos. Ahora cómete el pastel. —Emma asintió y se llevó el dulce a los labios antes de darle un delicado mordisco—. Eso está mal —se burló Archer.

Ella entornó los ojos mientras masticaba. Después de tragar el bocado, preguntó:

—¿Qué está mal?

—La forma en que lo has mordido —dijo él.

—¿Quieres que lo devore a bocados como una bestia salvaje? —preguntó ella, con humor y horror bailando en su mirada.

—Sería mejor que comer como un tímido ratón de campo. —Archer levantó el pastel hasta acercárselo a la boca y dijo—: Te enseñaré cómo se hace.

Dio un gran mordisco, llenándose la boca. El humor burbujeó en su interior al observar la expresión de ella mientras masticaba.

Emma volvió a llevarse la tarta a la boca, dio un mordisco un poco más grande, y luego masticó y tragó. Hizo un gesto con la barbilla y dijo:

—¿Mejor?

Él negó con la cabeza.

—No te creas. Tienes que morderlo con determinación. Hazlo con ganas.

Dio otro mordisco demostrativo.

—Muy bien. —Una mirada traviesa iluminó sus ojos mientras mordía el pastel. Un poco del relleno de manzana se escapó de la masa y se deslizó por su barbilla. Hurgó en su bolsito,

buscando algo, probablemente un pañuelo, y luego miró a Archer—. ¿Ves lo que has provocado? —preguntó, pero su tono no reflejaba la irritación que él veía en su mirada penetrante.

Archer extendió la mano y limpió el relleno de su piel de marfil, luego se llevó el dedo a los labios y lo chupó.

La mirada de Emma se llenó de calidez y sus mejillas se sonrojaron.

Sin poder evitarlo, Archer se acercó a ella. Cogiéndole la mano, volvió a llevarle la tarta de manzana a los labios y dijo:

—Parece que he saciado tu hambre, porque tu barriga ya no protesta.

Emma le dio un manotazo con la mano libre.

—Granuja incorregible —dijo antes de estallar en carcajadas.

Y Archer habría jurado que era la cosa más encantadora que jamás había presenciado. De hecho, por primera vez en su vida, pudo imaginarse sentando la cabeza. Renunciaría a su soltería por ella. Archer se casaría con lady Emma Finch.

CAPÍTULO 5



El sol descendía en el cielo, proyectando sombras sobre el pueblo mientras Archer caminaba con lady Emma hacia el lugar donde pronto se encendería el fuego. Ambos habían recorrido la aldea entera tres veces como mínimo. Y siempre con escasos resultados.

Sin embargo, no cambiaría ni un segundo del tiempo que habían pasado juntos.

Habían paseado entre torres de copas de cerveza, bailarines de Morris y músicos. Disfrutaron de pasteles a la sombra de un árbol. *Jack in the Green* había pasado varias veces y habían rendido homenaje a la maya.

Lady Emma había reído y sonreído mientras bailaban, bromeaban y flirteaban. En algún momento, la dama había suscitado su interés, por no decir que le había robado el corazón. Era única, muy distinta a cualquier otra dama con la que se hubiera relacionado, una rara mezcla entre damisela tímida y pícara curiosa que le helaba la sangre.

Pero a pesar de todo, no habían encontrado a sus amigos. Archer debería sentirse avergonzado de admitir que en realidad no estaba buscando. Sabía que no podía acompañarla toda la noche, pero eso no le impedía desear hacerlo.

A medida que se acercaban a las pilas de leña dispuestas en forma triangular a punto de ser encendidas, lady Emma se giró hacia él con el ceño fruncido.

—Mi niñera solía decirme que si me separaba de ella, debía quedarme donde estaba hasta que me encontrara.

Archer sonrió, recuerdos de su propia niñera diciendo algo similar afloraron en su mente.

—Sabio consejo, diría yo. —Miró a su alrededor, a la multitud que se reunía—. Apostaría a que este es un buen lugar para quedarse.

Lady Emma asintió.

—Quizá mejor allí. —Señaló hacia una pequeña arboleda—. Tendremos una excelente vista de la multitud, pero tampoco destacaremos demasiado. No quiero que me reconozcan, y ahora que todo el mundo se está reuniendo en un mismo lugar, me temo que destacaremos más.

Archer recorrió con la mirada su cabello trenzado y su vestido sin adornos. Se parecía mucho a las muchachas del pueblo, salvo por su postura regia. A primera vista, nadie la tomaría por una aristócrata, pero si la miraban más de cerca… Asintió y le tendió el brazo.

—¿Vamos?

Emma le envolvió el codo con la mano, provocando en él chispas de anhelo. Cuando se volvió para ir hacia los árboles, divisó a Hiltoncroft. Archer se tensó.

Su amigo deambulaba entre la multitud, moviendo la cabeza de un lado a otro como si estuviera buscando a alguien. Y Archer no tenía la menor duda de que su amigo lo estaba buscando a él. Miró a lady Emma a los ojos y le dijo:

—¿Confías en mí?

—Por supuesto —respondió ella.

Archer la arrastró hacia los árboles con un rápido movimiento. No podía soportar la idea de que Hiltoncroft la reconociera.

No era que no confiara en su amigo. Más bien era que lo conocía demasiado bien.

Hiltoncroft nunca arruinaría a propósito a la dama, pero tenía la lengua suelta cuando se excedía con los licores, y esta historia era demasiado escandalosa como para que guardara silencio al respecto.

No cabía duda de que la próxima vez que Hiltoncroft bebiera más de la cuenta, se lo contaría a cualquiera que estuviera dispuesto a oírlo. A Archer se le revolvió el estómago al pensarlo. Haría cualquier cosa por que las historias de Hiltoncroft no mencionaran el nombre de lady Emma.

Haría cualquier cosa para protegerla… cualquier cosa. Solo esperaba que ella no se enfadara demasiado por lo que estaba a punto de hacer. ¡Al diablo! No tenía alternativa.

—Perdóname —dijo Archer mientras hacía girar a lady Emma y la presionaba contra el árbol. Acercó sus labios a los de ella en un beso violento.

Desde ese ángulo, Hiltoncroft solo vería la parte posterior de su cabeza, y lady Emma estaría oculta a su vista. Mientras ella lo permitiera, Archer la besaría profundamente, y para cuando se separaran, Hiltoncroft se habría ido.

Para gran regocijo de Archer, ella le rodeó los hombros con los brazos y se dejó llevar por el beso. Dios, qué dulce era. Su cuerpo reaccionó de inmediato. Una oleada tras otra de pasión se apoderó de él mientras deslizaba su lengua contra la de ella.

—Archer, maldito. —La voz de Hiltoncroft rompió la niebla del deseo—. La apuesta está perdida. ¡Me has hecho ir a por la duquesa de Thorne! —gritó él.

Lady Emma se puso rígida entre los brazos de Archer, dejó de besarle y se apartó para mirar por encima del hombro de él.

—¿Qué? —preguntó ella, su voz apenas un susurro.

Archer la soltó, aunque cada parte de él quería abrazarla con fuerza. Con el pulso acelerado, se volvió hacia Hiltoncroft.

—¿No lo has hecho?

—¡Por supuesto que no! —gritó él—. En cuanto reconocí al duque y a la duquesa, me fui a buscarte.

~

Emma se quedó boquiabierta mirando al hombre, con la mente acelerada intentando procesar sus palabras. No ayudaba el hecho de que estuviera más que conmocionada por el beso que ella y lord Linley acababan de darse.

Sentía un cosquilleo en el estómago y sus rodillas aún temblaban. Nunca había imaginado que un beso pudiera ser tan intenso. Tan… maravilloso.

Emma inhaló lentamente mientras intentaba concentrarse en las palabras del hombre. Apuesta… Duque y duquesa… ¿De qué demonios hablaba y quién era?

Entornó la mirada y preguntó:

—¿Dónde están? El duque y la duquesa.

La mandíbula del hombre se aflojó.

—Usted es la hija del conde de Heywood. ¡Qué diablos! —El hombre volvió hacia lord Linley y sacudió la cabeza—. ¿Sabías que estabas besando a una dama?

El rostro de Archer adquirió un tono indudablemente rojo mientras miraba fijamente a Hiltoncroft. Se dirigió hacia el otro hombre, con el ceño fruncido.

—Cállate. Vas a hacer que nos miren todos.

—Demasiado tarde —añadió otra voz grave.

El corazón de Emma dio un vuelco cuando el duque agarró a lord Linley por el abrigo y le miró con una expresión llena de rabia.

—¡No! —gritó ella mientras corría hacia ellos—. No lo sabía.

Lord Linley sonrió. El tonto no parecía tener el menor miedo. ¿Acaso era estúpido? Emma le miró fijamente. Su mente, al fin, fue consciente de lo que había sucedido.

Lord Linley la había besado por una apuesta. Sus mejillas ardieron al mirarle a los ojos. Debería estar indignada. ¿Por qué no lo estaba? Reflexionaría sobre ello más tarde. Por ahora, necesitaba protegerlo. Emma se acercó y dijo:

—Por favor, suéltale.

El duque ignoró su súplica y se inclinó más hacia el aún sonriente lord Linley.

—Tengo ganas de golpearte hasta dejarte sin sentido.

—No hay necesidad de violencia. —dijo lord Linley, con voz suave y segura. Esbozó una sonrisa en dirección a Emma antes de volver a mirar al duque—. Tengo toda la intención de casarme con lady Emma.

El corazón de ella dio un vuelco.

—¿Qué?

Seguro que no le había oído bien.

La sonrisa de lord Linley se ensanchó mientras la miraba fijamente.

—He dicho que tengo intención de casarme contigo.

—Espero que así sea —dijo el duque con el ceño fruncido, y luego le dio una sacudida a lord Linley antes de soltarlo.

Lord Linley retrocedió unos pasos antes de recuperar el equilibrio y volverse hacia Emma.

Ella negó con la cabeza.

—No puedes hablar en serio. Acabamos de conocernos. No me conoces. —Desvió la mirada —. Y yo no te conozco a ti.

—Sé todo lo que necesito saber. —Lord Linley se acercó a ella y le cogió la mano. El calor se extendió a través de ella, su mano sintió un hormigueo por el contacto íntimo—. Sé que tu reputación quedará arruinada si no te desposo, y sé que haría cualquier cosa por protegerte —dijo él con una mirada sincera.

Emma le soltó la mano y dio un paso atrás, poniendo espacio entre ellos.

—No. No puedo. No lo haré.

No sabía qué pensar ni qué hacer, pero estaba segura de que no deseaba atraparlo con un matrimonio. No se lo merecía, ninguno de los dos lo merecía.

El duque se acercó mientras Olivia rodeaba a Emma con su brazo.

—Tiene un deber contigo —dijo el duque, con tono firme.

Emma negó con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y qué hay de mi deber para conmigo misma? No me casaré con un hombre simplemente porque está obligado por su honor. No me condenaré a mí misma, ni a lord Linley, a una vida

miserable.

—Veremos lo que tu padre tiene que decir al respecto, ¿de acuerdo? —dijo el duque, y luego se volvió hacia lord Linley, con la mirada llena de amenazas contenidas.

—Lo siento, Emma —dijo lord Linley sin mirarla. Luego asintió con firmeza al duque y dijo —: Visitaré al conde mañana por la mañana.

—Más le vale. —El duque pronunció las palabras mientras enlazaba su brazo con el de Emma—. Es hora de que nos pongamos en camino.

—No —protestó Emma, sin cambiar de opinión—. Esto no está solucionado.

Olivia se inclinó hacia Emma.

—La gente se está dando cuenta. —Apretó suavemente el brazo de Emma—. Vamos a resolver todo en privado, ¿de acuerdo?

Juliet se acercó. Las damas Elizabeth, Louisa y Catherine la siguieron.

—Olivia tiene razón. Estamos montando un espectáculo.

Olivia instó a Emma a moverse.

—Si no nos vamos ahora, el daño solo empeorará —dijo en voz baja.

Emma lanzó una última mirada suplicante a lord Linley antes de que sus amigas, con la mejor de las intenciones, se la llevaran.

CAPÍTULO 6



Cuando Archer apareció en la puerta del despacho de los condes al día siguiente, el padre de Emma, lord Heywood, levantó la vista de la pila de papeles que tenía sobre el escritorio.

—Te estaba esperando —dijo con el ceño fruncido.

Archer no esperaba menos, y por eso no vaciló al entrar en el despacho.

Se sentiría más desanimado si el padre de lady Emma no estuviera enfadado. Después de todo, había arruinado a la hija de aquel hombre. Archer se detuvo al llegar al escritorio y esperó a que el conde hiciera el siguiente movimiento.

—Siéntate.

Lord Heywood empujó los papeles que tenía delante por el escritorio mientras Archer se acomodaba en la silla frente a la gran mesa de caoba. Un contrato matrimonial. Al parecer, Archer obtendría precisamente lo que había ido a buscar: a Emma.

Miró la pila de pergaminos antes de volver a mirar a los condes.

—He preparado el contrato matrimonial esta mañana. —Heywood acercó los documentos a Archer—. Revísalo, pero recuerda que no estoy dispuesto a negociar —dijo el conde con aire de superioridad.

Archer sonrió con confianza mientras hojeaba la página de la firma.

—Pluma, por favor —dijo sin levantar la vista. Le importaba un bledo lo que dijera el contrato. Lo único que le importaba era lady Emma y pasar su vida con ella.

Heywood le dio a Archer una pluma empapada en tinta.

—Tus acciones me complacen —dijo, y parte de la aspereza desapareció de su tono.

—Es a su hija a quien deseo complacer. —Archer sopló sobre la tinta húmeda de su firma—. Me gustaría casarme de inmediato antes de que crezca el escándalo.

—Hombre inteligente. Sé de buena tinta que todo el pueblo está ya cotilleando y esperando la boda. —Heywood se recostó en su silla y cruzó los brazos sobre el pecho—. De todos modos, creo que demasiada prisa sería echar más leña al fuego para los cotillas. Las amonestaciones se leerán cuando corresponda. Tres semanas pasan pronto.

Archer exhaló un suspiro y desvió la mirada hacia el ventanal que había detrás del escritorio del conde. No deseaba esperar, pero el conde tenía razón. Además, el retraso le daría tiempo para ganarse el corazón de Emma. Quería casarse con ella con una ferocidad que le sorprendió, pero también le gustaría que ella lo quisiera.

Exhaló un suspiro.

—Supongo que tiene razón.

—También te dará tiempo para cortejar a mi hija y superar sus objeciones —dijo Heywood.

—Tiene razón. —Archer volvió a mirar al conde—. Aunque, esperaba que una buena noche de sueño sirviera para ese propósito.

El conde soltó una risita, luego se puso serio y se inclinó hacia delante.

—Permíteme contarte algunas cosas sobre Emma. Es testaruda y más inteligente que cualquier otra dama. Se necesitará mucho más que una noche de descanso para hacerla cambiar de opinión. —Miró fijamente a Archer durante un segundo, y luego añadió en tono firme—: No me decepciones.

—¿O qué? —preguntó Archer, arqueando una ceja juguetona—. ¿Un duelo al amanecer?

~

—Déjate de tonterías de una vez —declaró Emma mientras entraba en el despacho, con el corazón latiéndole con fuerza. ¿Qué demonios le pasaba a lord Linley?

Enderezó los hombros; su mirada pasó de lord Linley a su padre.

—No quiero hablar de duelos —continuó ella. Ambos la miraron fijamente, pero ninguno habló. Se acercó al escritorio y frunció el ceño hacia lord Linley antes de posar su mirada en el contrato—. Estoy preparada para hablar de matrimonio.

El padre sonrió con satisfacción a lord Linley.

—Buena suerte —dijo, luego se levantó y se dirigió a su hija—. Creo que los dos necesitáis algo de intimidad. Dejaré la puerta entreabierta.

Emma asintió a su padre y esperó a que se marchara antes de volverse hacia lord Linley.

—He deseado durante mucho tiempo que mis padres eligieran un marido para mí, pero nunca creí que lo hicieran. Su matrimonio es por amor, y ellos querían lo mismo para mí. —Suspiró, sus hombros subieron y luego bajaron mientras el peso de su confesión la abandonaba—. Dicho esto, soy una dama sensata, y detesto la caza de maridos.

Lord Linley sonrió mientras daba un paso hacia ella, le cogía la mano y tiraba de ella para acercarla.

—Parece que tu caza ha terminado.

Emma levantó la mano para ponerla entre los dos, con la palma apoyada en el pecho de él.

—Déjame terminar.

—Tienes mi atención —dijo él, aunque sin soltarla.

Ella respiró hondo y dejó salir las palabras.

—No me opongo a su elección, pero sí a que te obliguen. Siempre he creído que el hombre elegido para mí vendría voluntariamente. —Desvió la mirada un momento mientras se armaba de valor—. Nuestra situación me deja perpleja, pues sé que lo más sensato es casarme contigo, pero también es injusto forzarte. —Respiró hondo antes de continuar, con el corazón encogido ante la idea de dejarle marchar. Sin embargo, sabía que debía hacerlo y continuó—: Te eximo de tu responsabilidad. El beso que nos dimos fue mutuo, y estoy dispuesta a afrontar las consecuencias de mis actos. No hace falta que me tomes por esposa.

Los ojos de él se entornaron, estudiándola durante largos instantes antes de preguntar:

—¿Has terminado?

Con el corazón acelerado y las manos temblorosas, Emma se mordisqueó el labio inferior.

—Sí.

—Entonces me toca hablar a mí. —Lord Linley la abrazó con más fuerza. Su mirada se clavó en la de ella—. Tú eres mi elección. Te habría besado hace años si no parecieras siempre tan

condenadamente inaccesible.

—No. —Emma negó con la cabeza—. Solo me besaste por una mala apuesta. Se lo oí decir a tu amigo.

—¿Estás loca? Te besé porque eres una mujer hermosa. Porque captaste mi interés y encendiste mi sangre. Te besé porque quise. —Le acarició los brazos con las manos—. Ojalá pudiera decir que lo siento, pero no es así. No cambiaría nada de lo que hice, y esa apuesta me llevó hasta ti.

Sus palabras eran dulces y le llegaron al corazón. Era todo lo que había querido oír de él y más.

Emma negó con la cabeza, con los ojos empañados por las lágrimas.

—No te guardo rencor por la apuesta. No es raro que los caballeros se comporten así, y no podías saber los problemas que estabas a punto de causar.

—Me gustan los problemas. —Lord Linley guiñó un ojo, con un brillo travieso en sus ojos —. Sobre todo cuando me llevan a ti.

—Por favor, habla en serio —dijo Emma, con la frente arrugada por su creciente frustración. Cielos, lo estaba poniendo difícil. Se enderezó y dijo—: Te estoy dando la opción de excusarte. Intento liberarte.

—No quiero ser libre. —Entornó la mirada y añadió—: Hablo muy en serio, Emma. Quiero casarme contigo.

Le dio un vuelco al corazón al escuchar sus palabras.

—¿Por qué?

Ella arqueó una ceja inquisitiva, deseando desesperadamente comprender. Completamente asustada por sus razones. ¿Y si su determinación se debía solo al honor?

—Admito que actué por impulso cuando anuncié nuestras nupcias, pero lo hice porque me importas. Lo más inteligente que hice fue besarte. Demonios, debería haberlo hecho hace años.

Se llevó las manos de Emma a los labios y las besó.

—No me conocías hace años —argumentó Emma.

—En eso te equivocas. —Le acarició la mejilla con la palma de la mano, provocándole una oleada de deseo—. Después de presentarnos, pasé innumerables noches observándote desde salas abarrotadas. Más de una vez quise acercarme a ti, pero siempre parecías muy fría. Ojalá te des cuenta, Emma. —Tragó con fuerza, su garganta esforzándose por bajar el nudo que se le había formado—. Me cautivaste desde el principio, y me atrevería a decir que ahora estoy más que medio enamorado de ti.

No pudo contener la oleada de júbilo que se apoderó de ella. Emma le miró fijamente a los ojos grises y vio la ternura que se reflejaba en ellos. ¿Había dicho amor? El corazón le dio un vuelco al pensarlo.

¿Podría amarla de verdad? Una parte de ella tenía miedo de aferrarse a la idea, porque ¿cómo podía amarla tan pronto? Pero entonces se dio cuenta de que ella misma estaba enamorada de él. La idea de liberarlo la destrozaba, y la única razón por la que lo había intentado, era porque le importaba más la felicidad de él que la suya propia.

Sin embargo, parecía tan pronto. Tan repentino. Emma decidió que no podía confiar en la emoción que sentía, ni en su declaración. Pero también creía que con el tiempo compartirían un amor profundo y duradero.

Sí, podían ser felices… serían felices. Ella le sonrió, sus manos aferradas a las de él.

Lord Linley se arrodilló, estrechando las manos de ella entre las suyas. La miró fijamente y dijo:

—Lady Emma Finch, me cautivas. Quiero que estés a mi lado el resto de mis días. Quiero ser quien te haga reír y a cuyos brazos corras. Quiero tus sonrisas y tus lágrimas. Más que nada, quiero amarte y que me ames.

A Emma se le llenaron los ojos de lágrimas y alargó la mano para secárselas con sus dedos enguantados. Se le hizo un nudo en la garganta mientras luchaba contra las lágrimas.

Aquello era real. Realmente estaba ocurriendo.

Lord Linley se le estaba declarando. Desnudando su corazón. Hablaba de amor, de ser felices para siempre y de matrimonio. Él la deseaba.

Ella le miró estupefacta y no pudo hacer más que asentir con la cabeza mientras la primera lágrima se deslizaba por su mejilla.

Él le frotó las manos con los pulgares mientras continuaba:

—Lady Emma Finch, ¿me harías el gran honor de convertirte en mi esposa?

Ella tiró de su mano, instándole a que se levantara mientras asentía como una tonta.

—Sí. Sí, lo haré. —Emma forzó las palabras más allá de la opresión en su garganta—. Me casaré contigo.

Lord Linley la estrechó entre sus brazos y le pasó la mano por el pelo.

—Me has hecho muy feliz. —Le levantó la barbilla para mirarla fijamente a los ojos—. Y te doy mi palabra de que me esforzaré por hacer lo mismo por ti. El resto de mis días —dijo con una sonrisa— y mis noches estarán dedicados a tu felicidad.

La sinceridad y la ternura de su mirada le robaron el aliento a Emma. Nada tenía sentido y, de algún modo, no era necesario. Aquel hombre maravilloso la deseaba y ella lo deseaba a él.

Nada importaba más que ellos dos en aquel momento.

—Yo haré lo mismo. Tienes mi palabra, también —dijo Emma.

Entonces toda razón huyó de la mente de Emma mientras apretaba sus labios contra los de él, hambrienta y desesperada por perderse en su abrazo.

Aquello era para siempre.

CAPÍTULO 7



Archer se deslizó en el banco junto a Emma mientras los feligreses llenaban la iglesia. No la había visto en los dos últimos días y no podía permanecer alejado ni un minuto más. Se inclinó hacia ella y le dijo:

—Te echo de menos.

Un ligero rubor apareció en las mejillas de Emma mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios carnosos.

—Yo también te he echado de menos. —Miró a su alrededor, antes de volver a centrar su atención en él—. Esto está mal visto. Deberías sentarte con tu familia.

La picardía iluminó los ojos de Archer cuando dijo:

—Resulta que me da igual que esté mal visto. Me quedaré aquí, a tu lado.

Ella negó con la cabeza, pero no volvió a protestar. Y así fue durante los dos domingos siguientes: Archer se sentó a su lado, cogiéndola de la mano mientras el párroco leía las amonestaciones. Cada vez que se leían, el pulso de Archer se aceleraba por la emoción.

Apenas podía esperar para llevársela a casa, para llamarla esposa, para hacerla suya y para quererla.

Cuando terminaron los oficios, la acompañó fuera de la iglesia, besándole la mano antes de ayudarla a subir al carruaje de la familia. Aprovechó cada momento que pudo con ella mientras esperaba el día de su boda.

Para su consternación, la madre de Emma la tenía tan ocupada con los preparativos de la boda que a menudo lo rechazaban cuando iba a visitarla. Pero eso no le impedía intentarlo. Tomaron el té algunas tardes, celebraron dos cenas familiares y una fiesta de compromiso, pero les fue imposible quedarse a solas.

La segunda semana Archer ya estaba harto, así que decidió pasar algún tiempo a solas con su futura esposa. Esperó a que cayera la noche y se dirigió a la finca de la familia. Guijarros en mano, localizó la ventana de su dormitorio.

Para su alegría, la ventana estaba abierta. Una ligera brisa agitó las cortinas rosas mientras el resplandor de las velas proyectaba la silueta de su futura esposa en la pared del fondo. Su pulso se aceleró al verla, y durante largos minutos se limitó a permanecer de pie contemplando la sombra de Emma.

Aquello era una nueva forma de tortura, deliciosa, estremecedora y autoinducida. Dios, podría observarla eternamente. Pero prefería ver su rostro que su sombra. Archer se acercó, jugueteando con los guijarros que tenía en la mano mientras calculaba la distancia que había

hasta el cristal de la ventana.

Respiró hondo y lanzó el primer guijarro. Rebotó en el marco de madera de la ventana y cayó sobre la hierba. Observó durante un largo instante si su sombra reaccionaba. Nada…

Archer lanzó tres guijarros más en rápida sucesión y volvió a esperar. Emma seguía sin darse cuenta. Pensó en llamarla, pero no quería alertar a toda la casa de su presencia. Exhaló un suspiro mientras miraba los guijarros que le quedaban en la mano.

Frustrado y casi desesperado, apuntó. Los siete guijarros volaron hacia la ventana. Se le encogió el corazón cuando se quedaron cortos y cayeron en la hierba sin llegar siquiera a la casa. Estaba claro que necesitaba practicar su puntería.

Archer apretó los labios mientras contemplaba la casa. Su mirada se posó en un emparrado a la izquierda de la ventana de Emma. La madera entrecruzada se aferraba al muro de la casa pero terminaba a medio camino entre el suelo y la ventana de Emma. Había un saliente de aspecto precario en línea horizontal a lo largo del muro de la casa, justo por encima del enrejado. Un árbol robusto se alzaba a la derecha.

—Ahora o nunca —murmuró para sí mismo, mientras empezaba a subir por el enrejado. Archer se dirigió al saliente con movimientos cuidadosos y controlados, y luego se subió a este. Se puso de pie con la espalda pegada a la casa y respiró hondo para tranquilizarse.

Aquella era la parte difícil. Cuatro centímetros de ornamentación le separaban de una precaria caída de más de dos metros. Clavó la mirada en el horizonte y se acercó poco a poco al árbol. Su pie resbaló y el corazón se le subió hasta la garganta. Se tambaleó, se estabilizó y se quedó inmóvil.

Ojalá aquel maldito árbol tuviera ramas más bajas. Sería mucho más fácil si pudiera trepar al árbol. Por desgracia, no podía alcanzar ninguna de las ramas desde el suelo. Apostaría a que el conde lo construyó de tal manera que impidiera a los caballeros hacer precisamente eso: trepar hasta la ventana de Emma.

Archer no podía culpar al conde, pero tampoco permitiría que eso le disuadiera de su objetivo. El saliente crujió mientras avanzaba por él. Unos metros más y llegaría al árbol. Deslizando lentamente los pies, por fin llegó al árbol.

«Victoria», pensó mientras se agarraba a la rama más cercana y balanceaba los pies hacia la superficie rugosa de la corteza. Entonces sonó un fuerte crujido y cerró los ojos mientras se precipitaba al suelo. Se quedó sin aire del impacto y el dolor le recorría el cuerpo.

Archer yacía sobre la hierba fresca, mirando al cielo iluminado por las estrellas mientras se esforzaba por recuperar el aliento, y se preguntaba cuántos huesos se habría roto.

—¡Santo cielo! ¿Estás herido? —gritó Emma desde la ventana. Archer giró la cabeza hacia la voz, pero no movió el cuerpo. Intentó decirle que estaba bien, pero le faltaba el aliento para hablar. En lugar de eso, movió la cabeza de un lado a otro—. Quédate donde estás. Ahora voy —gritó ella.

Las palabras eran totalmente innecesarias, ya que Archer no podía moverse aunque quisiera. Al menos no hasta que recuperara el aliento. Cerró los ojos, ignoró los latidos de su corazón y cogió aire. Dejándolo salir lentamente, intentó mover los dedos de las manos, luego los de los pies.

Cuando todo se movió como debía, volvió a inhalar lentamente y estiró todo el cuerpo. Se sintió aliviado. No estaba herido, al menos físicamente. Pero su orgullo había sufrido mucho.

Emma llegó hasta él y se arrodilló a su lado.

—¿Qué demonios estabas haciendo, Archer? Podrías haberte matado. ¿Estás herido? —dijo mientras se inclinaba sobre él.

—Solo mi orgullo —dijo Archer con una sutil sonrisa—. En cuanto al resto… —La miró, sus palabras se interrumpieron—. Te he echado de menos.

—Podrías haberme llamado en lugar de intentar escalar la casa.

Emma le apoyó la mano en la espalda.

Él se volvió hacia ella y sus miradas se encontraron.

—Si lo hubiera hecho, habría tenido que tomar el té con tus padres. Quería pasar un rato a solas contigo.

Emma sonrió con dulzura, sus ojos violetas se suavizaron.

—¿Has arriesgado tu vida para estar a solas conmigo?

Él asintió.

—Haría cualquier cosa por estar contigo, Emma.

Ella lo rodeó con los brazos, abrazándolo con fuerza.

—Oh, Archer. ¡Hombre tonto e imprudente! No puedo creer que hayas hecho esto. —Se apartó, le miró fijamente a los ojos y dijo—: Dentro de poco, me vas a ver más de que lo quisieras.

Él negó con la cabeza.

—Nunca, mi amor. Nunca me cansaré de ti. —Tiró de ella hacia la hierba y la estrechó entre sus brazos—. Te quiero a mi lado todos los días, todas las noches, durante el resto de mi vida.

Ella le frotó la mandíbula con el dorso de la mano.

—Yo también quiero eso, pero debes prometerme que no volverás a intentar ninguna acrobacia peligrosa. Me partiría el corazón perderte antes de que estemos viejos y canosos. —Emma apretó los labios contra los de él en un beso tímido y casto—. ¿Me lo prometes?

Él la abrazó más fuerte y le acarició la suave piel de la oreja con la nariz.

—Te lo prometo —dijo él, y le dio un mordisco en el lóbulo de la oreja.

Emma chilló y giró la cabeza, riendo.

Archer la besó y ahogó su risa con un beso.

CAPÍTULO 8

Seis días después…

Las campanas de la parroquia local sonaron mientras Emma agarraba el brazo de su padre. La alegría bullía en su interior al dirigirse hacia el pasillo de la iglesia donde sabía que Archer la esperaba. Nunca había estado más preparada para nada en su vida y estaba impaciente por empezar su nueva vida.

Archer y ella habían compartido algunos momentos en privado desde la noche en que él intentó trepar hasta su ventana, pero no los suficientes. Algunos minutos por aquí y por allá: un breve paseo por el jardín, una conversación tranquila en el rincón del salón, nada importante; y no había habido más besos.

Emma quería besarle. Quería que la estrechara contra su pecho y que la acurrucara. Por primera vez en su vida, comprendió por qué las mujeres compartían sus cuerpos, sus mentes y sus almas con los hombres. Y se moría de ganas de compartirlo todo con Archer.

Cuando ella y su padre entraron por la puerta y comenzaron a avanzar por el pasillo, la música del órgano sustituyó al tintineo de las campanas. Su mirada se cruzó con la de Archer e intercambiaron tiernas sonrisas. Necesitó toda la fuerza de voluntad que poseía para no soltarse de su padre y correr a los brazos de Archer.

La embargó la alegría cuando, por fin, su padre la dejó en manos de Archer. Juliet y Olivia se colocaron a su lado mientras su madre se sentaba en primera fila con las damas, Louisa, Elizabeth y Catherine. El duque de Thorne estaba sentado en el extremo de uno de los bancos y lord Hiltoncroft permanecía de pie junto a Archer.

La mayor parte del pueblo se había reunido fuera, y los amigos íntimos de Emma y Archer ocupaban los bancos restantes. Su madre se había lucido en la planificación y la decoración. El párroco estaba de pie bajo un dosel de flores y follaje blanco y verde, y el resto de la iglesia estaba adornada con lazos de las mismas rosas, lirios, gardenias y alisos dulces mezclados con vegetación.

Emma cogió aire mientras lo asimilaba todo. Su nariz se llenó de los aromas de la primavera entremezclados con el de Archer: flores, cítricos y especias. Su corazón se aceleró cuando el párroco comenzó la ceremonia. Cuando llegó el momento en el que Archer la cogió de las manos, un calor le recorrió el cuerpo. Y cuando fueron declarados marido y mujer, vizconde y vizcondesa Wakefield, Emma no pudo contener las lágrimas de alegría que brotaron de sus ojos, por la emoción que sentía en su interior.

Archer le secó una lágrima de la mejilla, se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente.

—No te preocupes, amor. Te prometo que todo irá bien.

—No estoy preocupada. Es solo que soy tan feliz. —Emma sonrió—. Son lágrimas de alegría. —Mientras hablaba, notó la humedad que cubría los cálidos ojos grises de Archer, y su sonrisa creció—. Parece que tú también estás afectado.

—Pillina —dijo él, y luego parpadeó para disipar la humedad.

Emma le cogió del brazo y paseó a su lado mientras se dirigían hacia el futuro que compartirían. Cuando se acomodaron en el carruaje, le dio un beso en el cuello y le dijo:

—Seremos felices.

—Te doy mi palabra —respondió Archer, y luego la estrechó entre sus brazos. La abrazó y se besaron de tal manera que le estremeció el alma antes de apartarse para mirarla fijamente a los ojos. A Emma se le aceleró el pulso y le subió la temperatura de todo el cuerpo cuando él dijo:

—Te quiero.

Ella deslizó sus dedos por el pecho de Archer haciendo una serie de bucles y círculos. Le sostuvo la mirada y dijo:

—Entonces parece que lo nuestro va a ser una unión por amor después de todo.

—¿En serio?

Él arqueó de forma juguetona una ceja castaña.

Emma asintió.

—Pues sí. Porque yo también te quiero.

EPÍLOGO

Ocho años después…

El sol brillaba sobre Emma, calentando su rostro mientras se recostaba contra el musculoso pecho de Archer. Un campo de flores silvestres recién florecidas los rodeaba mientras los sonidos de celebración resonaban en el aire. Emma entrecerró los ojos para protegerse del sol y contemplar a la gente que disfrutaba de la fiesta del Primero de Mayo.

—Parece que todo el mundo ha salido a celebrarlo —dijo Archer, y le acarició la mejilla y la mandíbula con el dorso de los dedos—. ¿Quieres ir con ellos?

—No. —Emma suspiró e inclinó la cabeza contra el pecho de él, cerrando los ojos—. Prefiero tenerte para mí sola.

—Muchacha codiciosa —se burló Archer, su voz impregnada de humor.

—Sí —replicó Emma—, y no me avergüenzo lo más mínimo. —Se retorció hasta quedar de costado sobre el regazo de Archer. Movió la cabeza y se encontró con la mirada de su esposo—. ¿Quieres bajar ahí?

—No. —Archer negó con la cabeza, luego deslizó las manos por la espalda y el costado de Emma—. Eso echaría a perder mi propósito.

—¿Ah, sí? —Emma le miró con recelo—. ¿Y cuál es tu propósito?

Un brillo perverso resplandeció en sus ojos grises, y dijo:

—Devorar a la bella doncella en mi regazo.

Emma soltó una risita cuando él tiró de ella para acercarla más y le tocó las nalgas con la mano.

—Soy toda tuya.

—¿Qué gracia tiene si no opones resistencia? —preguntó él con una mueca traviesa en los labios.

—¿Por qué resistirme a algo que voy a disfrutar? —replicó ella.

Archer acercó su rostro al de ella.

—Pillina.

—Canalla —susurró ella contra sus labios, y el corazón se le aceleró cuando él apretó la boca contra la suya. Emma le rodeó los hombros con los brazos, separó los labios y su lengua salió disparada al encuentro de la de él. La pasión la envolvió, un fuego líquido que se extendió por todo su cuerpo mientras se besaban.

Archer deslizó una mano por su espalda hasta llegar a sus nalgas, y luego tiró de ella para

tumbarla encima de él. Emma se deleitó al sentirlo debajo de ella. El deseo que sentían casi la abrumaba.

Él le había prometido una vez que serían felices, y lo había cumplido cada día de su matrimonio. Incluso en aquel momento, después de tantos años, el corazón de Emma se aceleraba con solo ver a su esposo. Lo era todo: su mejor amigo, su amante, el padre maravilloso de sus hijos, su protector y su confidente.

Si alguien le hubiera dicho ocho años antes que encontraría a su alma gemela en la fiesta del Primero de Mayo a la que ni siquiera quería asistir, nunca le habría creído. De hecho, se habría reído a carcajadas por una idea tan absurda.

Y se habría equivocado.

Emma mordisqueó el labio de Archer, y luego se perdió en su mirada lujuriosa.

—¿Recuerdas nuestro primer beso?

—¿Cómo podría olvidarlo? Estabas de pie, sola, con aspecto de plebeya, y yo te capturé. —Su expresión se volvió seria—. No fue un buen primer beso. Lo siento.

—¿Te arrepientes?

Ella se mordisqueó el labio inferior mientras buscaba la mirada de él.

—Nunca —dijo él—. No podría arrepentirme de nada de lo que me llevó hasta ti.

Emma sonrió y apretó sus labios contra los de él.

—Creo que fue un primer beso maravilloso —dijo ella—. Y es una buena historia para contar.

—Siempre será un Primero de Mayo para recordar —dijo él.

—Creo que este también lo va a ser.

Él alzó una ceja y preguntó:

—¿Ah, sí?

Emma asintió, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tengo un secreto.

—Y, ¿me lo vas a contar? —preguntó él.

—Creo que preferiría compartirlo contigo —dijo ella, y luego frunció los labios como si estuviera sopesando la idea.

Archer le apartó un rizo de la mejilla.

—Creo que deberías compartirlo.

—Oh, muy bien. Estamos esperando, para que lo sepas.

Emma arrancó una pequeña flor silvestre amarilla y le rozó la mandíbula con los pétalos.

—¿Compañía? —preguntó Archer, su tono serio, aunque ella se dio cuenta del brillo juguetón en sus ojos.

—¡Mamá, papá, mirad lo que hemos encontrado!

Archer se incorporó, haciendo que Emma se sentara también, mientras sus tres hijas corrían por la cima de la colina, perseguidas por su niñera. Emma sonrió a sus hijas mientras se ponía la mano en el vientre y se preguntaba qué sería esta vez.

—¡Es un conejito! —gritó Sable, la más pequeña, de dos años.

Lilly, de cinco años, corrió unos pasos delante de su hermanita, con los rizos oscuros rebotando por el esfuerzo, mientras la mayor, Margret, lideraba el grupo. En un abrir y cerrar de ojos, las tres habían llegado hasta Archer y ella.

Sable se abalanzó sobre Emma, y Archer extendió un brazo protector, atrapando a la pequeña y llevándola a su lado.

—Cuidado, cariño.

Emma intercambió una tierna mirada con su marido antes de volver su atención a las niñas mayores.

—¿Qué tenéis ahí?

—¡Un conejito! —exclamó Sable con alegría.

Lilly dio un codazo a Margret.

—Enséñaselo.

Margret desdobló la falda de su vestido para mostrar una pequeña cabeza cubierta de pelo con largas orejas y ojos redondos.

—La encontramos sola junto al arroyo y no podíamos dejarla allí. —Dirigió unos anhelantes ojos grises, del mismo tono que los de Archer, hacia la diminuta criatura—. Se morirá si nadie la cuida.

Emma extendió la mano y acarició con un dedo la suave nariz del conejito.

—Seguro que tiene una madre.

Lilly negó con la cabeza con insistencia.

—Buscamos por todas partes. Incluso la niñera nos ayudó. No encontramos nada, ni rastro de su madre ni siquiera de sus hermanos —dijo Lilly.

—¿La podemos ayudar? —preguntó Sable, rodeando el cuello de su padre con el brazo—. Por favor, papá.

Archer se encontró con la mirada de Emma y asintió levemente. Esperó a que ella diera su visto bueno asintiendo y luego dijo:

—Podéis quedárosla, pero tiene que vivir al aire libre. El guardabosques puede cuidarla y vosotras tres podéis ayudarle.

Un coro de «viva» y «gracias» y «lo haremos» sonó mientras las niñas abrazaban a Emma y a Archer. Un instante después, estaban corriendo de vuelta hacia su niñera mientras discutían sobre qué nombre ponerle al conejito.

Emma se rio al verlas marchar, con el corazón rebosando de amor.

—¿Te decepcionarás si te doy otra niña? —preguntó ella.

Archer frotó su rostro contra el vientre de Emma.

—Jamás me lo había planteado. Adoro a mis hijas y recibiría con agrado todas las que consideres oportuno darme.

—Pero, ¿no quieres un hijo? —preguntó Emma, bastante preocupada de no poder dárselo nunca.

—Mi amor —dijo Archer, le puso la mano en la mejilla y la miró fijamente a los ojos—, no me importa de qué sexo sean nuestros hijos. Los quiero a todos, igual que te quiero a ti, y siempre los querré.

—¿Para siempre?

Para Emma era más que una palabra. Era como una bendición que hacía latir su corazón.

—Para siempre —respondió él, llevando la mano de ella a su pecho—, eres mi corazón, y te amaré para siempre.

EXTRACTO

Continúa para leer un fragmento del libro de la serie «Destinada a un canalla» de Amanda Mariel: «Quién necesita a un duque»

AVANT-PROPOS

En medio del frenesí casamentero de la Inglaterra de la Regencia, la caritativa lady Catherine Breckenridge y el carismático duque de Bedford se adentran en un falso romance, desentrañando sus convicciones mientras navegan por la delgada línea que separa el engaño de la verdadera pasión.

Lady Catherine Breckenridge se ha dedicado a actividades benéficas, evitando entrar en el encanto del romance y el matrimonio. Sin embargo, su familia tiene otros planes. A medida que Catherine se acerca a los veintidós años, la decisión de sus parientes para que se case a tiempo se hace cada vez más firme. Inesperadamente, la salvación llega en forma de un conocido granuja, el duque de Bedford.

Charles De Vere, el elegante duque de Bedford, posee tanto encanto como fortuna, lo que le convierte en uno de los solteros más codiciados de Inglaterra. A pesar de su desagradable reputación, se ve asediado por ansiosas madres y sus hijas en edad de casarse en cada reunión de la sociedad. Sin embargo, esta temporada desvela una estrategia magistral.

Cuando el duque propone una alianza clandestina a lady Catherine, la naturaleza pragmática de ella ve la sabiduría de su plan. Aunque sea un granuja, también es buen amigo de su hermano. Además, ella se mantiene firme en su convicción de resistirse a los encantos de cualquier pícaro. Ninguno de los dos alberga intenciones matrimoniales y sus corazones no sienten ninguna inclinación el uno por el otro. Su plan parece impecable, hasta que el destino da un giro inesperado.

CAPÍTULO 1

Londres, Inglaterra

—Esta va a ser tu temporada —dijo Olivia, la duquesa de Thorne, sacando un palito de marfil del montón de palitos chinos que había en la mesa entre ellas.

Lady Catherine Breckenridge respondió forzando una débil sonrisa.

—Elizabeth es un diamante —dijo Catherine, luego desvió la mirada hacia los palitos de marfil.

La hermana mayor de Catherine, Louisa, se había casado hacía un año. Y aunque la pequeña de las hermanas, Elizabeth, ya estaba en edad de casarse, toda la atención estaba puesta en Catherine, que era la siguiente hermana más mayor sin casar. Una pena, ya que no deseaba casarse.

—Tu brillas tanto como ella —dijo Olivia, mirando a su esposo William, el duque de Thorne, quien era el tutor y hermano de Catherine. Estaba entretenido con una partida de cartas con su hermano Tristan en una mesa cercana—. Díselo tú, William.

William miró a Catherine mientras lanzaba una carta al centro de la mesa.

—Por supuesto, y como ya estás a punto de cumplir los veintidós años, ha llegado la hora de que elijas un pretendiente.

—Aunque estoy segura de que Elizabeth se casará también esta temporada —dijo Olivia, dirigiéndole una sonrisa—. Tuvo mucho éxito el año pasado.

—Si llamas éxito a rechazar a cinco pretendientes —dijo Tristan.

—¡Maldición! —exclamó Elizabeth cuando al intentar sacar el palito chino se movieron todos los de alrededor. Sacó el palo, y luego miró a Tristan—. Eso es porque no eran adecuados, como ya sabes.

—Lo único que sé es que tú, querida hermana, eres demasiado exigente.

—¿Preferirías que me casase con un lord que tiene más interés en mi dote que en mí? ¿O un canalla que se pase las noches apostando en vez de estar a mi lado? ¿O quizá debería haber aceptado al viudo con cinco hijos?

—Lord Granthum no tenía nada de malo. Tristan tiró una carta al centro de la mesa, mientras Elizabeth lanzaba un palito chino a Tristan.

Catherine observó a sus hermanos discutir entre ellos y sintió una punzada de envidia al escuchar sus bromas despreocupadas. Como la hija mediana, siempre había sido la más callada,

contentándose con dejar que sus hermanas y hermanos acapararan todo el protagonismo. Pero ahora, a medida que aumentaba la presión para casarse, Catherine se sentía cada vez más ansiosa. ¿Quizás había llegado el momento de ser más firme?

—No quiero casarme —soltó, sorprendiéndose a sí misma. Se hizo el silencio en la habitación y todos se giraron para mirarla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó William, con el ceño fruncido—. Eres la hija de un duque y mi hermana, y yo soy el actual duque de Thorne. Claro que te vas a casar.

Catherine sacudió la cabeza.

—No me quiero casar —dijo ella, sintiendo un extraño alivio al haber expresado sus verdaderos pensamientos. Desvió la mirada hacia la ventana y se concentró en las gotas de lluvia que se deslizaban por el cristal—. No quiero estar comprometida con un hombre el resto de mi vida solo porque es lo que se espera de mí. Quiero vivir a mi manera. Hacer lo que me gusta sin tener que pedir permiso. Quiero tener el control de mi vida.

Tras un momento de asombro, Olivia soltó una carcajada.

—Debes de estar bromeando, Catherine —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Tienes pensar que hay un caballero esperándote ahí fuera. Uno que te haga perder la cabeza y te quite todas las dudas sobre el matrimonio.

—Lo dudo mucho.

Catherine estiró la mano para coger otro palito, aunque ya no tenía la cabeza en el juego.

—Te prometo que lo harás —dijo Olivia, con un tono sonriente mientras miraba a William —. Todavía no te has enamorado, pero lo harás.

William sonrió a su esposa.

—Guarda tu corazón, hermana, Olivia tiene razón.

Catherine suspiró, nada sorprendida por lo que William y Olivia decían. No entendían su difícil situación. Ella no deseaba ser un adorno que un caballero llevara colgado del brazo, y mucho menos que la usaran como ganado de cría. El amor era raro entre ellos, e incluso con amor, los hombres esperaban mucho de sus esposas, incluido la obediencia. Una esposa era una posesión. Una propiedad del marido.

No quería que la impusieran nada. No quería renunciar a sus actividades por capricho de ningún hombre. ¿Qué pasaría con su trabajo en el orfanato? ¿O con sus actividades educativas? ¿Qué caballero permitiría que su esposa pasara el tiempo con huérfanos, para enseñarles?

—¿Y si no me quiero enamorar? —preguntó Catherine, en voz baja—. ¿Y si simplemente quiero ser yo misma, sin nadie a mi lado?

Tristan resopló.

—Entonces eres una necia, Catherine —dijo él, sacudiendo la cabeza—. Una mujer sin esposo no vale nada entre la nobleza, y lo sabes tan bien como yo.

Catherine resistió las ganas de discutir con su hermano. Aunque lo hiciera, no conseguiría hacerle cambiar de idea. En lugar de eso, se centró en el juego de palillos chinos, intentando distraerse de la conversación que había a su alrededor.

Pero no importaba cuántas veces ganara o perdiera, no podía ignorar la sensación de malestar que se había instalado en la boca de su estómago. Olivia y William no le permitirían escaquearse de la temporada, por mucho que ella lo deseara.

Como si le hubiera leído la mente, William dijo:

—En cualquier caso, el primer baile de la temporada es en menos de quince días. Asistirás con el resto de nosotros.

—Muy bien —cedió Catherine.

Cuando terminaron la partida, se levantó y se excusó alegando dolor de cabeza. Ignoró la mirada de preocupación de Elizabeth y se apresuró a salir de la estancia, en busca del consuelo que encontraría en la tranquilidad de sus aposentos.

Las sombras danzaban por el suelo mientras se paseaba por la alcoba, intentando escapar del peso de sus circunstancias. No podía soportar la idea de que la obligaran a casarse, de tener que pasar el resto de sus días sometida a un hombre. Pero era lo que se esperaba de ella. ¿Sería capaz de evitarlo?

No.

Quizá.

¡Sí!

Anhelaba más y lo conseguiría. No le quedaba otra. Debía de mantener su independencia. Pero, ¿cómo podía hacerlo?

Se detuvo junto a la ventana y miró al cielo nocturno, esperando que la intervención divina iluminara su camino. Un relámpago la saludó.

Un momento después, llamaron a la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Elizabeth con voz suave mientras se asomaba por la puerta entreabierta.

Catherine asintió. Elizabeth entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda. Estaban todo lo unidas que podían estar unas hermanas, pero Catherine no pudo evitar sentir una punzada de celos por la satisfacción de su hermana. Elizabeth era la típica dama que la sociedad valoraba, y sin duda encontraría el amor que buscaba. Y lo que era más importante, Elizabeth deseaba casarse. Deseaba ser una esposa y señora de su propia casa. Quería tener hijos y le favorecía ser el centro de atención de la sociedad. En efecto, Elizabeth sería la esposa perfecta que pedía la sociedad y disfrutaría de cada momento cumpliendo sus obligaciones.

Catherine anhelaba parecerse más a ella. La vida sería menos complicada si aceptara el papel que se esperaba de ella, pero no podía. Ella no era como Elizabeth y eso no se podía cambiar.

—No te duele la cabeza. Dime qué es lo que te preocupa. ¿Es por la próxima temporada? —preguntó Elizabeth, con la preocupación grabada en el rostro.

Catherine se hundió en el borde de su cama.

—Es la presión para casarme. El hecho de que sé que Olivia y William no dejarán de animarme a que encuentre un marido y si me niego, los estaré decepcionando. Tienen buenas intenciones, pero no puedo hacer lo que desean simplemente porque piensen que es lo mejor.

Elizabeth se sentó junto a Catherine, tomando la mano de su hermana entre las suyas.

—Entiendo por qué no te quieres casar. Sinceramente, sería más fácil si pensaras de otro modo. Pero entiendo por qué no puedes dejar que las expectativas de nuestra familia dicten tu vida. Debes hacer lo que sea mejor para ti, porque eres tú quien tiene que vivir con tus decisiones. —Miró a Catherine a los ojos, y añadió—: Que sepas que yo te apoyo en lo que decidas hacer.

Catherine asintió, agradecida por las palabras de consuelo de su hermana.

—No quiero decepcionarlos. Pero no puedo imaginarme pasar la vida bajo el control de un hombre… ni siquiera de uno al que ame. O peor aún, verme obligada a tener hijos mientras ignoro a todos los niños abandonados en orfanatos. No podría vivir conmigo misma.

—Lo comprendo, Catherine —dijo Elizabeth, apretándole la mano—. De verdad.

Elizabeth era la única, aparte de la criada de Catherine que sabía que trabajaba en un orfanato. Catherine había intentado hablar una vez con William de la causa y de los niños. Como resultado, le prohibió volver al orfanato. Le había recordado que las damas ayudan donando

objetos, además del dinero de sus esposos, no actuando como sirvientas y maestras. Entonces, la obligó a aceptar que no volvería a ir al orfanato, pero ella continuó trabajando allí en secreto.

Elizabeth le apretó la mano.

—Debes recordar que el amor y el matrimonio no siempre se excluyen mutuamente. Existe algún caballero que seguramente apoye tus actividades y te permita vivir la vida que tú elijas porque te amaría y no podría imaginar su vida sin ti.

Catherine suspiró, sabiendo que las palabras de su hermana tenían algo de verdad. Pero encontrar a un caballero que la amara y apoyara sus actividades tenía que ser más difícil que encontrar una aguja en un pajar.

—¿De verdad crees eso? —preguntó ella, con una pizca de desesperación en su voz—. ¿Me es posible encontrar un esposo que no me frene cuando mis deseos son tan poco convencionales?

—Lo creo de todo corazón, Catherine. Así que disfruta de la temporada. Lo peor que puede pasar es que te quedes soltera al final de la temporada, o que te enamores perdidamente del caballero perfecto para ti. —Sonrió—. De cualquier manera, tú sales ganando.

Catherine suspiró. No podía imaginar un futuro en el que pudiera continuar siguiendo sus pasiones, ni tampoco un marido que apoyara su ocupación.

Como si pudiera sentir sus dudas, Elizabeth le apretó la mano una vez más.

—No te preocupes, Catherine. Eres una mujer fuerte e inteligente. Estarás bien, sin importar por qué camino te lleve la vida.

Aunque las palabras de su hermana la reconfortaban, seguía sintiendo cierta inquietud. Tendría que sortear con cuidado las expectativas sociales de la alta sociedad. Pero estaba decidida a hacerlo con la cabeza bien alta y su independencia intacta.

Catherine respiró hondo, se levantó de la cama y se alisó el vestido.

—Gracias, Elizabeth. Se está haciendo tarde. Deja de preocuparte por mí y vete a la cama.

De forma juguetona, chocó el hombro contra el de su hermana.

Elizabeth sonrió mientras se levantaba.

—Eso es. Pero, por favor, recuerda que siempre estoy aquí para ti. Pase lo que pase.

Le dio un abrazo a Catherine antes de salir de la habitación.

Catherine observó cómo su hermana se marchaba, la gratitud por el amor y el apoyo de su hermana mejoró su estado de ánimo. Tendría que plantar cara a la temporada, pero también sabía que tenía la fuerza y el valor para hacerlo.

Catherine se dirigió, con determinación, a su escritorio y escribió una carta al orfanato. No permitiría que las presiones de la sociedad le impidieran ayudar a los necesitados.

Mientras escribía, el sonido de la pluma rascando el papel era el único ruido que se escuchaba en la habitación. Pero en la mente de Catherine, podía oír su propia voz, fuerte e inquebrantable, mientras juraba mantener su independencia, sin importar a dónde la llevara.

SOBRE LA AUTORA

Amanda Mariel, consumada escritora, posee un máster doble en artes liberales y educación, especializado en los fascinantes ámbitos de la historia y la literatura. Más allá de sus actividades académicas, se dedica al alegre caos de la maternidad, cuidando tanto de sus queridos hijos adolescentes como de su trío de adorados bebés peludos. Entre ellos, un noble boyero de Berna llamado Blaze, y dos gatos de marcado carácter, Ezra y Puff, comparten su hogar.

La autora de renombre de *USA Today*, conjura vívidos tapices de épocas de antaño, inspirándose en la lánguida cadencia de días pasados. Con la pluma en ristre y la imaginación desplegada, recorre los anales del tiempo, tejiendo relatos que iluminan paisajes históricos con delicadeza y estilo. Su espíritu creativo encuentra un respiro en la lectura, recorriendo nuevos horizontes a través de viajes y capturando momentos a través del objetivo de su cámara y de sus esfuerzos artísticos. Sin embargo, es en el abrazo de la familia donde encuentra su verdadero santuario.

Para profundizar en el cautivador mundo de Amanda, visite www.amandamariel.com. Una vez allí, la invitación a unirse a su boletín promete una puerta de entrada al último tesoro literario de Amanda Mariel, y la oportunidad de solicitar un libro electrónico gratuito.

La pasión de Amanda se extiende a sus lectores, acogiendo sus voces e historias en su reino narrativo. Ponte en contacto con ella por correo electrónico en amanda@amandamariel.com, o a través de sus redes sociales.

Facebook: facebook.com/AuthorAmandaMarie1
Twitter: twitter.com/AmandaMarieAuth
BookBub: bookbub.com/authors/amanda-mariel
Instagram: instagram.com/authoramandamariel
TicTok: tiktoc.com/@amandamarielromance

Entre la prosa y el pergamino, Amanda Mariel graba una profunda conexión, tendiendo puentes entre épocas, corazones y mentes, creando un legado que resuena a través de los pasajes del tiempo.

ELOGIOS PARA AMANDA MARIEL

«La Sra. Mariel es una narradora asombrosa, que atrapa al lector en sus historias y los mantiene con la boca abierta». *~My Book Addiction and More*

«Amanda Mariel escribe romance encantadores de la época victoriana con personajes interesantes. Estoy deseando leer su próximo libro». ~Meara Platt, autora bestseller de novelas históricas románticas premiadas.

«"Planes escandalosos" es una divertida excursión con personajes extravagantes y un final feliz: ¡la receta perfecta para una lectura agradable y placentera!» *~InD'tale Magazine*

«Ingeniosa, inteligente y de ritmo trepidante, "Intenciones escandalosas" de Amanda Mariel es una lectura imprescindible llena de pasión y emoción». ~Christi Caldwell, autora bestseller de *USA Today*

«¿Buscas un romance histórico trepidante? ¡No busques más! La alternancia de puntos de vista ofrece al lector el mismo tiempo con Sarah y con Julian, que son personajes agradables y equilibrados a pesar de la brevedad de la historia. Con un ritmo rápido, un romance animado y, aunque los personajes secundarios añaden algo de profundidad al ambiente, permanecen casi siempre en un segundo plano. ¡Amanda Mariel es una autora a tener en cuenta!» *~InD'tale Magazine*

«Lloré cuando Henry y Claudia sintieron que las cosas no tenían solución y me alegré por ellos cuando poco a poco empezaron a darse cuenta de que las cosas podían salir como ellos querían». *~Readers Favorite*

«Al igual que con el primer libro, me enganché. Me encanta que continúen las historias de todas las chicas y sabía que la de Georgina me iba a emocionar y así fue». *~The Sassy Book Lover*

«Camden y Rebecca sienten las chispas del amor a primera vista, pero el romance tarda en desarrollarse, lo que mantiene al lector enganchado desde el principio». *~InD'tale Magazine*

AGRADECIMIENTOS

Gracias por tomarte el tiempo para leer «Un aciago Primero de Mayo»

¡Tu opinión cuenta!

Por favor, dedica un momento a reseñar el libro en tu página de reseñas favorita y comparte tu opinión con los demás lectores. Echa un vistazo a los otros cinco libros de «Conectados por un beso».

~

Autora bestseller de *USA Today*



~Romances históricos conmovedores que te dejan sin aliento~

